

Escocia

Hace pocos días hojeé casualmente un libro reciente del escritor francés Jean d'Ormesson, miembro de la Academia francesa, y por tanto ya inmortal, desde 1973. D'Ormesson se queja, en uno de esos fragmentos brillantes, alambicados y sentidos, típicos de pensador galo, de la desaparición de la nación y de la muerte de la idea de la nación. Francia, se lamenta D'Ormesson, esa Francia que De Gaulle amó apasionadamente, está en vías de desaparición, engullida por el proceso imparable de la globalización.

Francia y sus filósofos han tenido un impacto extraordinario, probablemente desmesurado, sobre la sociedad catalana. Y, por esto, no me extraña que las tesis ormessonianas sobre la muerte de la nación hagan furor en nuestro país. En un mundo globalizado, en un mundo de soberanías compartidas, de correos electrónicos instantáneos, se nos dice, la nación ha dejado de tener toda razón de ser. Aquello que existió, completo, capaz de proveer de sentido a todos sus ciudadanos, ha dejado de latir, no solamente aquí, sino en todas partes. Consolémonos, pues, si vivimos teniendo varias identidades y si nos gobiernan múltiples niveles de poder, porque esa misma

CARLES BOIX, *catedrático de Política y Asuntos Públicos en la Universidad de Princeton*

ambigüedad, esa diversidad de referencias es un signo de futuro, de posmodernidad y de madurez.

A mí me da algo que nuestros profetas, foráneos y caseros, del posnacionalismo (o, ¿por qué no?, del nacionalismo líquido) se equivocan de largo. La vitalidad, la potencia, incluso el sex-appeal de la identidad nacional, de la nación como espacio cívico y democrático, no han dejado de crecer en los últimos cien o ciento cincuenta años. En 1918 había unos cincuenta estados soberanos en el mundo. En 1960 ya eran unos noventa. Y ahora, en un mundo cada vez más integrado económicamente y más poroso culturalmente, nos movemos en torno al número doscientos.

Mírese como se mire, planeta globalizado y mundo posnacional (o quizá *anacional*) no riman de ninguna manera. ¿No fue el siglo XIX el momento de mayor auge de la idea nacional, el momento más decisivo en la construcción de esa Francia eterna y hexagonal que tanto añora d'Ormesson? Paradójicamente, nunca ha existido un mundo más integrado económicamente que el que existió antes de 1914. Como explicaba Gaziell en sus memorias, aquel era un mundo sin pasaportes: bastaba con subirse al tren en la estación de França para llegar, sin impedimento alguno, a París. Entre 1820 y 1910 emigraron al Nuevo Mundo más de sesenta millones de

europeos. Era un mundo tan extraordinariamente integrado que, tal como explica Keynes en un delicioso fragmento de *Las consecuencias económicas de la paz*, en el verano de 1914, justo antes de que estallase la Primera Guerra Mundial, un londinense tenía fácil acceso a todos los productos del planeta, podía invertir sus ahorros sin obstáculo alguno en cualquier mercado o economía y podía, usando cualquier metal precioso, viajar por doquier sabiendo que todos los estados exis-

EN UN MUNDO

más conectado, las

comunidades

nacionales no cesarán

de multiplicarse

tentes habían vinculado sus monedas al patrón oro de manera taxativa.

Los teóricos del nacionalismo débil y líquido siguen aferrados a una idea decimonónica, propia, digo yo, de algún manualillo de hojas amarillentas, que concibe al Estado como un ente que sólo controla policía, ejército y moneda y que a lo más tira de déficit fiscal cuando hay un cataclismo económico. Con esta ima-

gen en mente y dado que la moneda está en manos de Europa, que los déficit están prohibidos por la Comisión y que el ejército parece obsoleto una vez muerta la Unión Soviética, no es extraño que concluyan, absurdamente, que el Estado y con él la nación tienen el mismo destino que los dinosaurios.

Quizá los estados no controlen ya su moneda y tengan muchas dificultades para tener una política fiscal propia. Pero los estados contemporáneos son mucho más, muchísimo más que lo que nos quieren hacer creer: educan a toda la población; pagan las pensiones; regulan las condiciones de contratación y despido; supervisan el sistema financiero; vetan (de manera sutil y a veces no tan sutil) fusiones empresariales; establecen el trazado de infraestructuras; intervienen en la asignación de *slots* de aeropuertos; deciden en su momento dónde y cómo se puede construir viviendas. La lista es larga y pone en evidencia el poder de coordinación de las autoridades públicas: inmenso, casi brutal. Un poder probablemente inevitable en una democracia de masas.

Y, evidentemente, con tantas palancas en sus manos, lo que hacen los poderes públicos tiene un impacto determinante sobre la economía del país y sobre el bienestar de la población. Cualquier político medianamente pragmático lo sabe. Por eso quiere ganar las elecciones.

Dentro de pocos años, en pleno calentamiento planetario y con coches eléctricos en todas partes, el petróleo del mar del Norte va a valer muy poco. A cambio, las playas escocesas van a estar llenas hasta reventar, como cualquier rincón del Mediterráneo hoy en día. Y Escocia va a tener los mismos problemas que tienen esos rincones: mucho trabajo temporal, muchos ladrillos, poca productividad por hora trabajada, sueldos más bien mediocres. ¿O no? Los escoceses son más bien tipos pragmáticos: quizá por eso su Ilustración, culminada en Adam Smith (¿y en Walter Scott?), nada tuvo que ver con la Ilustración rabirosa y desgredada de Voltaire y Rousseau. Y, por tanto, puestos ante la tesitura de una economía algo desinflada, van a continuar pidiendo más autonomía y más nación, simplemente para poder vivir mejor, para volver a tener una Ilustración con impacto global, para poder crear cosas interesantes, divertidas y caras, sobre todo caras.

En suma, no nos creamos el sentimentalismo líquido y acuoso que llora el fin de la nación. En un mundo en paz y en un mundo cada vez más conectado, las comunidades nacionales no cesarán de multiplicarse. Y todo por razones muy pragmáticas, que nada tienen que ver con consideraciones de *somiatruites*.●

cboix@princeton.edu